

Al fin un libro serio y documentado sobre el gaucho, aunque se quede en el del siglo XVIII

Aunque parezca mentira, estaba haciendo falta un libro sobre el gaucho. Un libro que sistematizara —o que significara un avance en tal sentido— la profusa información que se ha llegado a acumular sobre tema tan apasionante. Un libro que lograra ir estableciendo, además, un núcleo consistente entre tanta información contradictoria como la que, con fundamento o no, perduraba hasta hoy al margen de un espíritu crítico exigente.

El libro de Fernando O. Assunção viene a colmar felizmente ese vacío. Llega en el momento exacto, cuando se estaba ya formando y unificando, en los estudiosos más responsables, un criterio definido sobre el gaucho. Recoge, ordena y valoriza las aportaciones documentales que, aunque conocidas en su mayor parte, se mantenían en una relativa incoherencia. Y proporciona así un panorama completo, una base que habrá de resultar en lo sucesivo invaluable referencia sobre la cual basar todo estudio relacionado con el tema.

Las cien primeras páginas se dedican a estudiar el período pre-gauchesco, la circunstancia natural y humana que condicionó el surgimiento del tipo que se estudia. Se consideran en la segunda parte los períodos que el autor denomina "gauchesco" y "post-gauchesco", completándose esta información histórica con una tercera parte dedicada a caracterizar la psicología y la etnografía del gaucho. En el Libro Segundo se acomete la historia de la palabra "gaucho", a través de una exhaustiva, agotadora confrontación y comentario de todas las tentativas etimológicas y de semántica que se llevaron a cabo a ese respecto. Pese a la discutible desmesura de esta segunda parte, el plan del libro resulta en general inobjetable. Lo es, asimismo, la amplitud y el rigor con que se utilizan las fuentes documentales. Y corona ese esfuerzo una notoria capacidad para abarcar tan variado material en síntesis y valoraciones tanto más apreciables cuanto que se establecen con la destreza y la ecuanimidad de un investigador dueño del complejo material que maneja.

La figura del gaucho emerge en consecuencia dibujada con inequívoco relieve. Después de leer este libro, ya no pueden cometerse los empecinados errores y desvíos en que incurrieran gauchófobos y gauchófilos en partes sensiblemente iguales. No cabe ya la exaltación romántica y mucho menos la denigrante descalificación que, bien vemos ahora, estaba condicionada, como en el caso de un Emilio Coni, por la situación social y por los prejuicios correspondientes de sus autores. Tanto el historiador local como el extranjero cuentan así con un libro en el que se resumen muchos otros, y por el cual —y no es la menor de sus virtudes— puede transitar sin constricciones, con la libertad de poder prolongar sus desarrollos aquí y allá de acuerdo a su particular criterio e interés, sin que la compañía del autor obste a lo que pueda deducir por cuenta propia. No se proponen, en efecto, síntesis definitivas. Se llega incluso a transcribir muchos documentos en su integridad, con lo cual el lector puede aventurar en muchos casos una interpretación independiente. Tales virtudes no pudieron ser logradas, claro está, sin incurrir en algunas imprecisiones y debilidades. Pero no deja de ser, aún en esto, una real ventaja, el que podamos desde ahora situar las objeciones, coordinarlas con lo que allí está dicho, poder tomar el conjunto como una referencia a la que podamos eventualmente corregir, dentro de la previsible evolución que debe cumplir fatalmente toda visión histórica.

Hecha esta salvedad, no podemos dejar de señalar algunas, y creemos que evidentes, insuficiencias. La ausencia casi total de cifras, la vaguedad de ciertas fechas, por ejemplo, no permite delimitar con la precisión exigible en un libro de esta naturaleza la importancia de algunos factores, así como la efectividad y oportunidad de su incidencia. Apuntamos aquí otras omisiones (sensibles en una obra que describe tan minuciosamente, por ejemplo, los aperos, boleadoras, etc., y que dedica tantas páginas a versiones plagiadas, o disparatadas —según el propio autor— sobre etimología; se echa así de menos el estudio de su lenguaje (origen, influencias, y evolución), de su música, de sus supersticiones, del sentido especial de su religiosidad (éste, apenas indicado), de la literatura "ganchasca" (fuera o no un producto ciudadano), de sus modos de prepararse el alimento. En otros aspectos, se precisan respuestas sin la debida (y factible) elaboración; se toma por ejemplo una mención incidental inserta en el relato de un maitero de 1797 que publicáramos hace unos años, como base casi única para deducir la vestimenta usada entonces, cuando podría haberse recurrido a muchos otras fuentes valiosas, entre ellas, por ejemplo, inventarios de pulperías (algunos de los cuales hemos transcrito en la "Revista Histórica de Soriano"), expresión que creemos mucho más reveladora, por cuanto por la dimensión de la oferta se puede inferir con gran aproximación la proporción con que eran usadas las distintas prendas. La escasez de cifras y la indetermi-

nación de muchas fechas dificulta además la comprensión de los trasiegos e influencias (y la evolución correspondiente) entre gauchos, indios y portugueses; en el Archivo G. de la Nación de Buenos Aires se pueden encontrar referencias muy sugestivas, no utilizadas aún, acerca de esos préstamos mutuos, de su carácter y de su alcance. Nos extraña además que no se utilice una información muy concreta y valiosa de un historiador tan conceptualizado como Pedro Calmón, quien en la *Historia de América* (tomo IV) publicada bajo la dirección de Ricardo Levene, alude a los cien matrimonios azorenses enviados por el Gobierno con el fin de colonizar los campos situados entre el Río Grande y el Yaguarón, y que "dieron origen a los 'gauchos' de la provincia meridional del Brasil", suceso ocurrido por 1737, y del cual podrían derivarse importantes argumentos, sea dicho de paso, acerca de la etimología de la palabra "gaucho".

Pero donde la obra merecería una ampliación y un retroque de relativa trascendencia, es en las escasísimas diez páginas que dedica al que llama período "post-gauchesco", período en el cual, es cierto, el personaje no coincide ni mucho menos con el que mereciera su nombre en el siglo XVIII, pero tanto más significativo para nosotros, no sólo por más cercano y por más decisivo para nuestra conformación nacional actual, sino también porque el tipo se llegó a difundir mucho más que las escasas docenas de "vagabundos" que recorrían un siglo antes nuestro territorio, y porque, por otra parte, aunque herederos de una denominación que no fuera creada para ellos, resultaron a la postre sujetos y objetos de toda una literatura y representantes de un importante aspecto de la conciencia nacional. Cuando se habla de los "gauchos", es en efecto en estos "post-gauchos" en quienes se piensa. Los otros, los auténticos, pertenecen a una realidad demasiado separada de lo que somos y demasiado desconectada de nuestros orígenes más reconocidos. El autor comete una notoria (aunque explicable, dentro de sus presupuestos) injusticia con este gaucho del siglo XIX. No era por cierto un personaje "encallecido", cuya ocupación predilecta habría sido la de matar masivamente hermanos. Creemos conocer bastante bien su comportamiento en esa época, a cuyo estudio le hemos dedicado no pocos años, y si algo nos atraje en ella y despertó nuestra admiración, es la nobleza, la capacidad de amistad, de hidalguía y de sacrificio que queda evidenciada a través de innumerables testimonios, relativos tanto a los personajes principales como a los secundarios. Casi medio siglo, a partir de 1830, es considerado por el autor en menos de una página, y lo más sensible es que no se aplica a distinguir con claridad el hombre de esos años con el que, desde 1880, padece primero el alambramiento de los campos y luego la incidencia de la industria frigorífica. No que el autor ignore el salto que tales factores provocaron; pero al quemar etapas que creemos tan significativas, y al no acompañarse con una nítida mención de fechas, esos factores posteriores aparecen en parte retrovertidos, y el lector parece condenado a quedar en la ignorancia de cómo vivió durante el primer medio siglo de nuestra vida independiente el poblador de la campaña, personaje de tan fundamental gravitación en su tiempo y en los que le siguieron. Y aquí, también, creemos debió haberse considerado el interesantísimo proceso que se agravó por el 80, esa bien llamada por el autor "descharacterización", proceso que ofrece tantos aspectos dramáticos, tan significativos como reacción (o como sometimiento) ante la irrupción de corrientes de ideología y de las distintas derivaciones políticas y económicas que nacían de la compulsión imperialista. Al fin de cuentas, vivimos más cerca de la desaparición que de la aparición del gaucho, y resulta por lo tanto mucho más interesante el modo con que se desprendió de nuestra vida nacional, por saber qué es lo que de él nos queda, cuáles son los asideros más justificables de nuestras nostalgias.

No ignoramos que esta deficiencia que apuntamos obedece en gran parte a la concepción que rigió el desarrollo de este libro. De todos modos, su aporte es de un valor considerable. Fácil es reconocer, entre otras, la influencia de trabajos anteriores, entre los cuales los de un Daniel Vidart, según lo reconoce el propio autor, ocupa un lugar preponderante. El tema da para más, pero en muchos aspectos parece haberse dado con la nota decisiva. Es por ejemplo insuperable la claridad de concepto con que se determina la inclusión del gaucho dentro de una coyuntura económica que, según lo muestra con total nitidez, no le dejaba otra salida. Y, salvo algunas efusiones, sobre todo en el relato de algunos capítulos, en donde el autor apela a un sentimentalismo inadecuado, el estilo en general es maduro y pertinente, digno de la importancia de una obra que merece ser leída por toda clase de lectores. — W. L.

★ FERNANDO O. ASSUNÇÃO: EL GAUCHO. Montevideo, Imprenta Nacional, 1963, 356 pp.

